



# CÓMO PERDONAR

*así como hemos sido perdonados*

Chad Lakies, MDiv, PhD

## EL ANHELO POR PERDÓN EN MEDIO DE LA DISCORDIA

A mediados de los años 90, en lo que hoy se recuerda como la Guerra de Bosnia (1992-1995), el mundo fue testigo de una guerra de limpieza étnica y genocidio entre bosnios, serbios y croatas. Si bien no fue una guerra de religión en su sentido estricto, los diversos bandos representaban a musulmanes (bosnios), cristianos ortodoxos (serbios) y católicos (croatas). De más está decir que toda guerra es terrible y atroz, llena de muerte y violencia infligidas por seres humanos contra otros seres humanos. La guerra es la humanidad en su peor forma.

Una maestra musulmana, que sobrevivió a la guerra, relató varias cosas atroces que le sucedieron. Quizás lo más duro de su historia es el sentimiento de venganza que le produjeron sus experiencias. Como maestra, se había dedicado a fomentar el amor entre sus alumnos “enseñándoles a amar” a través de la literatura. Sin embargo, durante la guerra fue víctima tanto de sus antiguos alumnos como de sus compañeros, quienes le gritaban insultos mientras la golpeaban y le hacían otras cosas peores. Tan fuerte fue ese sentimiento de venganza, que a su hijo le puso un nombre que representaba su desprecio hacia quienes habían perpetrado crímenes contra ella, amamantándolo así con leche llena de odio.

El periodista que capturó su historia se pregunta cuán generalizadas son las consecuencias, no solo de lo que le sucedió a esa mujer en particular, sino de todos aquellos cuya memoria está llena de formas similares de victimización. “¡Cuántas madres en Bosnia han jurado enseñar a sus hijos el odio y la venganza! ¡Cuántos pequeños musulmanes, serbios y croatas crecerán escuchando tales historias y aprendiendo tales lecciones!”

En el corazón y la mente de esa maestra podemos ver con cuánta facilidad la victimización manipula nuestro carácter, haciéndonos pensar que ciertos actos son imperdonables y que, quienes los cometieron, son irredimibles. Debido a esto, es fácil pensar en ellos como menos que humanos, justificando así la violencia contra ellos.

En nuestra sociedad actual tan fracturada y polarizada, no es necesario buscar situaciones tan duras para encontrar personas con actitudes similares a la de la maestra de nuestra historia. Hoy en día, el simple hecho de albergar diferencias de opinión, gustos, o preferencias basta para que se acuse a alguien de dañar a otros. Y no es raro que tales diferencias generen actitudes de disgusto que hacen considerar a los demás como despreciables, y sus acciones inexcusables.

¿Qué podemos decir de nuestra propia actitud? ¿Cómo respondemos a este momento cultural? No necesitamos buscar razones para ignorar todo intento de reconciliación. Vivimos en una época en la que es común romper relaciones por causa de un desacuerdo que, por lo general, tiene que ver con algo que consideramos sagrado. Nuestra postura con respecto a ciertos temas sociales, políticos, religiosos o éticos es, a menudo, causa de división. A veces, esas diferencias nos parecen suficientes para catalogar de “imperdonables” a quienes opinan o creen diferente de nosotros. Entonces los exiliamos de nuestras vidas cortando la relación, o nos exiliamos nosotros.

*¿No anhelamos la gracia que va en contra de la crueldad, la discordia y el quebrantamiento que nos rodea?*

En otras ocasiones, sin embargo, elegir no relacionarnos con otra persona puede deberse a razones completamente triviales. El fanatismo deportivo puede ser tan polémico como la política y la religión (de las cuales desde hace tiempo se nos aconseja no hablar en una reunión social, debido al profundo desacuerdo que tales discusiones pueden causar).

En resumen, no es difícil identificarnos con la maestra de nuestra historia: tras haber sido heridos por desacuerdos o relaciones rotas, descubrimos que o somos los causantes de la ruptura, o las víctimas de esta.

Es en momentos como esos en que, al igual que tantas otras personas (todas víctimas del odio que existe en el corazón humano), comenzamos a considerar la posibilidad del perdón. ¿Es posible restaurar las relaciones lastimadas y reparar lo dañado? ¿Es posible sanar y aliviar el dolor de las penas del pasado? ¿No anhelamos la gracia que va en contra de la crueldad, la discordia y el quebrantamiento que nos rodea? ¿No nos frustra y agota todo esto? ¿No anhelamos la gracia que puede sanar, restaurar, renovar y darnos la esperanza de un futuro en el cual las víctimas no se conviertan en perpetradores de odio, como la maestra de nuestra historia?

Pero para ser capaces de perdonar por gracia a los demás, y de responder correctamente al dolor y la desesperación del mundo que nos rodea, primero debemos recibir, experimentar y conocer profundamente el perdón de Dios. Luego, debemos unirnos a una comunidad que perdona, una iglesia cuyas enseñanzas y prácticas nos formen con la capacidad de perdonar. Esta unión, de la experiencia personal y la vida en una comunidad de fe que perdona, puede moldearnos y empoderarnos para perdonar así como hemos sido perdonados.

Esa es la invitación de este folleto.

## **¿QUÉ ESPERO DEL PERDÓN?**

Si alguna vez has experimentado el rechazo, sabes cuánto duele. No ser aceptado nuestro proyecto en el trabajo, no ser invitado a la fiesta a la que todos van, ser expulsado de un equipo: todo esto es doloroso. Pero el peor rechazo con el que cualquiera de nosotros tiene que lidiar, proviene de nosotros mismos.

Cuando somos rechazados, queremos otra oportunidad. Y desear otra oportunidad es quizás la mejor respuesta a la pregunta: "¿Qué espero del perdón?". Lo que esperamos es otra oportunidad: otra oportunidad para empezar de nuevo, para hacer las cosas de forma diferente, para dejar atrás el dolor del pasado y seguir adelante con el presente, renovados y empoderados para ser y hacer mejor las cosas.

Entonces, cuando anhelamos ser perdonados, anhelamos la oportunidad de empezar de nuevo.

## **CUANDO ANHELAMOS EL PERDÓN**

Aun así, podemos dudar que el perdón sea posible. Tal vez nos cueste decir que anhelamos la posibilidad de ser perdonados, pero no creemos que podamos serlo. Quizás esto se deba a que nuestra experiencia del perdón no ha sido para nada como ese anhelo de empezar de nuevo. Más bien, el perdón, así como la idea del pecado, se ha reducido a algo más acorde con los gustos de la era moderna, por lo que carece de las características restauradoras y renovadoras que conlleva la oportunidad de empezar de nuevo.

En un sentido, el perdón a menudo es considerado como algo extraño, anticuado y débil. En otro sentido, se suele fomentar el perdón como un mecanismo de superación emocional para quienes han sido agraviados. Se les dice a las personas que perdonen para sanarse *a sí mismas* y superar su trauma y dolor, en lugar de para sanar la relación lastimada.

Pensar en el perdón de esta manera es malinterpretarlo, es reducirlo a algo que no es. Es cierto que el perdón puede ayudar a la sanación personal, y que también es una forma de rendición: estar dispuestos a no albergar

animosidad ni hacernos las víctimas. Pero lejos de ser débil, el perdón requiere fortaleza y disciplina. Sin embargo, esta fortaleza y disciplina no son virtudes que llevamos dentro, sino regalos de la gracia que Dios nos da. Virtudes que se forman en nosotros cuando participamos en la comunidad del pueblo de Dios y somos fortalecidos por la gracia de ese mismo Dios a quien buscamos.

El perdón es personal: necesitamos conocer el perdón de Dios no solo en forma intelectual, sino también estar convencidos de él en el corazón, mente y alma. Entonces, para ser capaces de perdonar a otros, respondiendo con gracia al dolor y la desesperación que caracterizan al mundo que nos rodea, primero debemos experimentar nosotros el perdón de Dios, y luego integrarnos a una comunidad de fe que nos moldee en personas capaces de perdonar, así como hemos sido perdonados.

## ¿POR QUÉ NECESITO EL PERDÓN?

En lo más profundo de nuestro ser, enfrentamos un gran desafío. Desear o anhelar el perdón es solo el comienzo. Pero el problema es que no siempre lo deseamos, porque no siempre nos damos cuenta de que estamos equivocados, de que somos pecadores, de que necesitamos ser perdonados. En lo profundo de nuestra naturaleza humana, existe una tendencia que a menudo nos impide reconocer estas verdades.

*El pecado, entonces, describe nuestra naturaleza humana quebrantada. Somos pecadores. Esto significa que pensamos, actuamos y descuidamos nuestra conducta de maneras que dañan a otros y violan los buenos propósitos de nuestro Creador para nosotros.*

Al concluir una historia en la que la escritora Elizabeth Oldfield se describe a sí misma como irrazonablemente enojada con su esposo, razón por la cual descargó sus frustraciones en su hijo, ella procede a definir el pecado como “la propensión humana a j\*\*\*\*r las cosas” (quizás no sea el lenguaje más elegante, pero la agudeza es lo importante). ¿Quién no se identifica con el ejemplo cotidiano de Oldfield? ¿Cuántas veces nos hemos encontrado en situaciones terriblemente difíciles, causadas por nosotros mismos?

La Biblia habla de esto. El profeta Jeremías nos dice con insistencia: “El corazón humano es lo más engañoso que hay, y extremadamente perverso. ¿Quién realmente sabe qué tan malo es?” (Jeremías 17:9).

El pecado, entonces, describe nuestra naturaleza humana. Somos pecadores. Y eso significa que pensamos y actuamos de maneras que dañan a otros y violan los buenos propósitos de nuestro Creador para nosotros.

## EL CAMINO AL PERDÓN: reconocer el pecado como una rebelión ascendente

Uno de los principios básicos de la historia cristiana es que, casi desde el principio de los tiempos, el ser humano ha vivido con las consecuencias de su rebelión contra Dios. Esta rebelión se encuentra en la historia de Adán y Eva, quienes comieron del árbol del conocimiento del bien y del mal en el Jardín del Edén (ver Génesis 2-3). Podemos decir que fue una rebelión “ascendente”, porque quisieron hacer las cosas a su manera, buscando ser su propio Dios. Como consecuencia, ahora todo está impregnado de pecado. Sus acciones cambiaron todo: “*toda la creación gime de angustia*”, dice Romanos 8:22. Y, de hecho, los seres humanos luchamos, sufrimos y tenemos que arreglarnos para vivir, a veces con gran dificultad, y todo como consecuencia de ese primer pecado.

Sin embargo, no fueron solo Adán y Eva quienes participaron en esa rebelión ascendente. Todos los seres humanos somos como ellos. Todos nos concentramos en nosotros mismos y nos alejamos de Dios. Al igual que Adán y Eva, que fueron convencidos de que podían ser como Dios y tener Su conocimiento, nosotros también queremos estar en una posición similar. Su rebelión ascendente demostró falta de sumisión, una renuencia a seguir y adorar a su Creador. Con nosotros es lo mismo. San Agustín, obispo africano del siglo V, describió a los seres humanos como “curvados sobre sí mismos”. El reformador protestante Martín Lutero extendió esta idea, diciendo que nuestro corazón está “curvado hacia adentro”. Es decir, nos preocupamos por nosotros mismos, por hacer las cosas a nuestra manera y por no someternos a las reglas de nadie, excepto las nuestras.

Para experimentar y acoger el don del perdón, primero debemos reconocer que estamos profundamente necesitados de él. El perdón es lo que necesitan todos los seres humanos que se presentan ante el Dios vivo. Las

Escrituras dicen que nuestra condición ante Él es la de criaturas caídas y pecadoras: “*Todos nosotros nos hemos extraviado como ovejas; hemos dejado los caminos de Dios para seguir los nuestros*” (Isaías 53:6), y “*todos hemos pecado; nadie puede alcanzar la meta gloriosa establecida por Dios*” (Romanos 3:23).

¿Cómo podemos entender estas afirmaciones? Hace dos milenios San Pablo de Tarso, el escritor de la mayor parte del Nuevo Testamento, describió a los seres humanos como personas que son un problema para sí mismas, un problema que no pueden resolver por sí solas.

*“Realmente no me entiendo a mí mismo, porque quiero hacer lo que es correcto, pero no lo hago. En cambio, hago lo que odio. Pero si yo sé que lo que hago está mal, eso demuestra que estoy de acuerdo con que la ley es buena. Entonces no soy yo el que hace lo que está mal, sino el pecado que vive en mí.*

*Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa no existe nada bueno. Quiero hacer lo que es correcto, pero no puedo. Quiero hacer lo que es bueno, pero no lo hago. No quiero hacer lo que está mal, pero igual lo hago. Ahora, si hago lo que no quiero hacer, realmente no soy yo el que hace lo que está mal, sino el pecado que vive en mí.*

*He descubierto el siguiente principio de vida: que cuando quiero hacer lo que es correcto, no puedo evitar hacer lo que está mal. Amo la ley de Dios con todo mi corazón, pero hay otro poder dentro de mí que está en guerra con mi mente. Ese poder me esclaviza al pecado que todavía está dentro de mí. ¡Soy un pobre desgraciado! ¿Quién me libertará de esta vida dominada por el pecado y la muerte?”* (Romanos 7:15-24).

Siguiendo el pensamiento de Pablo: ¿cuántas veces te has encontrado pensando, deseando o haciendo por enésima vez algo que sabías que estaba mal, sin tener la fuerza suficiente para no hacerlo, así como sucedió con Adán y Eva? Este es el rechazo a nosotros mismos que mencionamos antes. Es precisamente esto lo que produce muchas de las situaciones en las que nos encontramos. Desear el perdón es desear empezar de nuevo.

La buena noticia es esta: “*¡El fiel amor del Señor nunca se acaba! Sus misericordias jamás terminan. Grande es su fidelidad; sus misericordias son nuevas cada mañana*” (Lamentaciones 3:22-23). Así, una y otra vez descubrimos que gran regalo es recibir Su perdón, que nos da otra oportunidad.

## **EL CAMINO AL PERDÓN: aceptando las consecuencias de mi rebelión**

Aunque pueda sonar extraño, experimentar y acoger el perdón comienza con una especie de odio a uno mismo, de disgusto por lo que uno ve en el espejo de su corazón. Es el reconocimiento de que dentro de nosotros hay cosas que no nos gustan, pero que sin la ayuda de Dios no podemos arreglar. Este odio se debe a que nuestro corazón ha sido marcado por la Ley de Dios. Es más, Dios nos ha dado explícitamente su Ley en los Diez Mandamientos y en el resto de las Escrituras. Por más que a menudo lo ignoramos, es la forma en que Dios ha ordenado la vida, tanto en las relaciones entre nosotros como con Dios mismo. A menudo sabemos cómo debemos vivir, pero elegimos lo contrario, por ejemplo, al anteponer nuestros intereses a los de los demás. Sabiendo que hemos violado los requisitos de Dios, nos convertimos en un problema para nosotros mismos, uno que no podemos solucionar por nuestra cuenta. Necesitamos ayuda de afuera, y esa ayuda solo puede venir de Dios.

Las Escrituras también nos enseñan a reconocer y asumir nuestra culpabilidad. San Pablo dice: “*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el peor de todos*” (1 Timoteo 1:15b). Al decir esto, ciertamente no intentaba presumir. Más bien, buscaba admitir que él también era un problema tan grande para sí mismo como cualquier otra persona. El ser cristiano no cambiaba nada; no era más santo que los demás. Desde esta perspectiva, San Pablo tiene razón al declarar lo que significa el perdón con la mayor crudeza, describiéndonos como “enemigos” de Dios (ver Romanos 5:1-11).

## **PERDONANDO A SUS ENEMIGOS: el acto redentor de dios**

Sin embargo, Pablo continúa diciendo que fue precisamente siendo enemigos de Dios que Dios decidió redimirnos, ofreciéndonos perdón a través del sacrificio de su Hijo Jesús, quien voluntariamente dio Su vida por nosotros. En otras palabras, Jesucristo fue un hombre justo, puro y sin pecado, que hizo lo impensable. En lugar de sacrificarse

de una manera humanamente sensata (morir por otra persona justa o por una bastante buena), Jesús eligió morir por los injustos, por todo ser humano que se presenta ante Dios como culpable de violar su Ley. Jesucristo murió por Sus enemigos, es decir, ¡tú y yo! La extravagancia de Su sacrificio es incomprensible, pero es un verdadero regalo. ¡Qué maravillosa buena noticia: *“El fiel amor del Señor nunca se acaba! Sus misericordias jamás terminan. Grande es Su fidelidad; Sus misericordias son nuevas cada mañana”* (Lamentaciones 3:22-23).

Al perdonarnos y restaurarnos, Jesús también nos capacita para ser personas que perdonan a los demás con la misma generosidad. El difunto pastor y teólogo Timothy Keller cuenta en una historia un gran ejemplo de lo que es posible para los seguidores de Jesús que han aprendido a perdonar, así como fueron perdonados.

En octubre de 2006, un hombre armado tomó rehenes en una escuela amish de una sola aula en Nickel Mines, Pensilvania, donde disparó a diez niños de entre siete y trece años, cinco de los cuales murieron, y luego se suicidó. En cuestión de horas, miembros de la comunidad amish visitaron a la familia del asesino y a sus padres, expresando condolencias por su pérdida. Ellos expresaron unánimemente su perdón al asesino y a su familia, algo que asombró a muchos. Numerosas voces llamaron a los estadounidenses a emular a los amish y ser más benevolentes.

¿Cómo pudieron hacer algo así? Solo con la ayuda de Dios. Solo después de experimentar el perdón como seguidores de Jesús, se nos capacita para perdonar a otros de una manera que parece extravagante, incluso imprudente.

## CÓMO CONOCER EL PERDÓN DE DIOS

¿Cómo podemos conocer el perdón de Dios? Las Escrituras nos cuentan una hermosa historia sobre cómo Dios lidia con el pecado de la humanidad, haciendo posible nuestro perdón.

Dios envió a Jesucristo, su único Hijo, a vivir una vida santa y morir como sacrificio por nuestros pecados. En una de las citas más conocidas de todas las Escrituras, Jesucristo mismo lo afirma claramente: *“Pues Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él”* (Juan 3:16-17).

En pocas palabras este es el Evangelio, la Buena Noticia de la gracia de Dios para nosotros. Si nos quedáramos en nuestro pecado sin perdón, la restauración y la vida eterna no serían posibles. Pero desde el principio Dios se comprometió a no dejarnos en nuestro pecado, porque ¡nos ama demasiado! Y Jesús hizo lo que nosotros no podíamos hacer: vivir una vida santa que, como señaló San Pablo, nos parece imposible (ver Romanos 7:15-24). Jesucristo cargó con nuestro pecado para que nosotros pudiéramos recibir Su justicia. *“Pues Dios hizo que Cristo, quien nunca pecó, fuera la ofrenda por nuestro pecado, para que nosotros pudiéramos estar en una relación correcta con Dios por medio de Cristo”* (2 Corintios 5:21).

San Pablo continúa describiendo la humildad de Jesucristo, motivado por Su amor por la humanidad a dar Su vida por nosotros, ganando así nuestro perdón, salvación y vida eterna. San Pablo incluso nos anima a vivir de manera similar cuando dice:

*“Tengan la misma actitud que tuvo Cristo Jesús. Aunque era Dios, no consideró que el ser igual a Dios fuera algo a lo cual aferrarse. En cambio, renunció a sus privilegios divinos; adoptó la humilde posición de un esclavo y nació como un ser humano. Cuando apareció en forma de hombre, se humilló a sí mismo en obediencia a Dios y murió en una cruz como morían los criminales. Por lo tanto, Dios lo elevó al lugar de máximo honor y le dio el nombre que está por encima de todos los demás nombres”* (Filipenses 2:5-9).

La muerte de Jesucristo pagó por nuestros pecados, porque, como dice la Escritura, *“la paga del pecado es muerte”* (Romanos 6:23a). Aunque solemos pensar que la muerte es el fin, para Jesús no lo fue. Con Su muerte mató las consecuencias mismas del pecado (la muerte misma) para todos los que creen en Él. Luego resucitó, demostrando así que era el Hijo de Dios. Y al resucitar, fue el primero de todos los que vendrán después de Él, entre los cuales estamos también nosotros, que resucitaremos cuando Cristo regrese al final de todos los tiempos. *“Lo cierto es que Cristo sí resucitó de los muertos. Él es el primer fruto de una gran cosecha, el primero de todos los que murieron”* (1 Corintios 15:20).

Si no fuera por Jesucristo, todos estaríamos condenados. La muerte sería nuestro fin. Pero ahora “*ya no hay condenación para los que pertenecen a Cristo Jesús*” (Romanos 8:1). Cristo lo dio todo, dejando de lado los privilegios de Su divinidad para hacerse humano como nosotros. Esto lo hizo para morir por nosotros la muerte a la que estábamos condenados, a fin de que no viviéramos en la desesperanza y la condenación de nuestro pecado. Gracias a la sangre derramada por Jesús en la Cruz, podemos ahora disfrutar de la esperanza de las promesas de la gracia de Dios (Su perdón) y nuestra redención. Él dio muerte a la muerte para que ya no muramos, sino que vivamos en la esperanza de la vida eterna.

El regalo de Jesucristo es el perdón prometido por Dios cuando nos acercamos a Él, reconocemos y confesamos nuestro pecado, y buscamos Su perdón por las cosas que no debimos haber hecho, así como por las que debimos haber hecho, pero no hicimos. La práctica regular de la confesión significa también admitir que, en el fondo, no somos del todo buenos. Más bien, nos oponemos a los caminos de Dios y a Su diseño para nuestra vida y relaciones. Queremos dirigir y ser los protagonistas del espectáculo, y somos constantemente propensos a violar Sus mandamientos y dañar las relaciones de las que formamos parte.

Pero, como hemos visto, ¡hay esperanza! Porque la obra de salvación de Jesucristo en nuestro favor no solo elimina el juicio de Dios sobre nosotros, sino que tiene el poder de ayudarnos a vivir de manera diferente. Jesús nos empodera para vivir según el diseño de Dios para la relación que Él desea con nosotros y para nuestras relaciones con los demás.

## EL PERDÓN: un verdadero regalo

Quizás la mejor manera de calificar al perdón sea diciendo que es un regalo. Pero es un regalo poco común. En la cultura estadounidense, hablar de regalos suele entenderse más como un intercambio de regalos. Ya sea el tipo de intercambio que ocurre en fiestas importantes como la Navidad o de forma casual, como pagarle el café a un amigo, estamos culturalmente acostumbrados a que damos “esto por aquello”. Por lo tanto, nos resulta extraño pensar en un regalo verdaderamente *gratuito*. Tendemos a usar el cliché de “nada es gratis” para expresar nuestra desconfianza ante los regalos que parecen serlo. Hemos aprendido a pensar que, o bien hay “condiciones”, es decir, debemos hacer algo a cambio del regalo, o bien se espera una cierta reciprocidad.

Para decirlo de otra forma, estamos acostumbrados a los regalos con “condiciones”. Los préstamos hipotecarios son útiles para ilustrar esto. El filósofo católico John Caputo dice: “El perdón, tal como solemos practicarlo, requiere una expresión de pesar, la intención de enmendar el daño, la promesa de no repetir la ofensa y la disposición a hacer penitencia. Si alguien cumple estas cuatro condiciones, se ha ganado el perdón. Y nosotros se lo *debemos*, así como el banco nos debe el título de propiedad una vez pagada la hipoteca.”

El título de propiedad nunca se da como un simple regalo. Para obtenerlo, primero debemos saldar la deuda. Pero imagina que un banco te condona el préstamo y te libera de la deuda sin haber cumplido las condiciones establecidas. En otras palabras, imagina que recibes una casa gratis. En nuestros sueños más locos podríamos imaginarnos tales cosas, pero en realidad, nos parece absurdo. Si los bancos perdonaran sus préstamos, no durarían mucho.

El perdón, en el sentido que aquí consideramos, es un regalo totalmente puro. Es una locura, dado libremente, sin reservas y en abundancia, ¡por el puro amor de Dios por nosotros! No hay un “esto por aquello”, no hay condiciones, no hay cuentas que llevar ni deudas que pagar, porque el perdón de Dios no es lucrativo. Antes bien, el perdón de Dios es una posibilidad imposible que cuenta con una cantidad infinita de perdón disponible para todos los que confiamos en Jesús. Su perdón es real y verdadero para todos nosotros, aquí y ahora.

*El perdón, en el sentido que aquí consideramos, es un regalo totalmente puro. Es una locura, dado libremente, sin reservas y en abundancia, ¡por el puro amor de Dios por nosotros!*

Gracias a Jesús, Dios ofrece a todas las personas la gracia de Su perdón. Saber que necesitamos ese perdón al confesar nuestros pecados a Dios nos abre el espacio para recibir el regalo que Dios desea con tanta desesperación derramar sobre todos nosotros. Pero hay otro aspecto del perdón, que es aquel con el que comenzamos.

## PERDONAR, ASÍ COMO HEMOS SIDO PERDONADOS

Hemos mencionado varias veces que el perdón suele ser necesario en las relaciones humanas. No solo necesitamos perdón cuando hemos herido u ofendido a personas que nos importan, sino que también estamos llamados a perdonar a los demás. Pero ofrecerles perdón no es fácil, especialmente cuando hemos sido heridos profundamente. Aun así, los seguidores de Jesús estamos llamados a perdonar a los demás.

### ¿POR QUÉ PERDONAR?

Entonces ¿por qué debemos perdonar a los demás? Por dos razones:

Primero, porque si bien Dios nos creó para vivir en comunidad, el pecado la destruye a través del dolor, la traición, la negligencia. Cuando lastimamos o somos lastimados, ya sea intencionalmente o no, el pecado nos divide. Pero el perdón tiene la capacidad de restaurar las relaciones, no olvidando, sino ofreciendo otra oportunidad. Todos necesitamos perdonar y ser perdonados. No hay otra manera en que la comunidad de Dios pueda crecer y convertirse en el cuerpo de Cristo.

En segundo lugar, debemos perdonar a los demás porque, en su Palabra, Dios nos llama a hacerlo. En el Padrenuestro, la gran oración que Jesús nos enseñó (ver Mateo 6:9-13), oramos para que Dios perdone nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a quienes pecan contra nosotros. Es decir, Dios nos hace responsables de si perdonamos o no a los demás (aprenderemos sobre esto más adelante). Como mencionamos anteriormente con el ejemplo de los amish que perdonaron al asesino de sus niños, solo quienes realmente han recibido el don del perdón de Dios y lo han aceptado como lo que es, pueden dar el mismo perdón a los demás. Quienes reciben el perdón de Dios día tras día por los mismos pecados cometidos una y otra vez, saben que ese perdón no significa simplemente que los libera de su culpa. Eso no sería un perdón verdadero. Más bien, sería burlar la Ley de Dios, tratándola como si no importara. No, el perdón de Dios, otorgado tan generosamente y tan a menudo como se pide, es un verdadero regalo que empodera a quien lo recibe para darlo a los demás. Y Dios espera que lo hagamos, tal como oramos en el Padrenuestro.

A través de una parábola, Jesús nos ayuda a comprender la parte del Padrenuestro antes mencionada, profundizando en cómo el perdón de Dios es un don que nos capacita para perdonar a los demás. Su enseñanza nos ayuda a visualizar el perdón ilimitado que Dios nos ofrece y, como receptores de tal perdón, nos ayuda a convertirnos en personas capaces de ofrecerlo también. Al leer o escuchar esta parábola, es como si experimentáramos la historia misma, aprendiendo qué hacer y cómo hacerlo, a la vez que nos encontramos con la advertencia de lo que no debemos hacer. Analicémosla más detenidamente.

### PERDÓN ILIMITADO PARA NOSOTROS Y A TRAVÉS DE NOSOTROS

En el Evangelio de Mateo, hay un momento en que los discípulos de Jesús le plantean dos preguntas importantes, a las cuales Jesús responde enseñándoles. Primero, preguntan: “¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?” (Mateo 18:1b). Antes de responder, Jesús trae a un niño y, refiriéndose al niño para el punto que quiere enseñarles, les dice: “Les digo la verdad, a menos que se aparten de sus pecados y se vuelvan como niños, nunca entrarán en el reino del cielo. Así que el que se vuelva tan humilde como este pequeño es el más importante en el reino del cielo. Todo el que recibe de mi parte a un niño pequeño como este, me recibe a mí” (Mateo 18:3-5).

Esta escena es crucial para comprender todo lo que Jesús enseña a Sus discípulos en el capítulo 18 del Evangelio de Mateo. Para comprender plenamente lo que la Biblia dice, a veces es necesario comprender el contexto cultural en el que fue escrita. En este texto, Jesús centra Su atención en un niño. Para nosotros hoy, los niños suelen representar la inocencia, la alegría y la ternura. Cuando pensamos en ellos, albergamos una especie de sentimentalismo angelical y etéreo. Naturalmente, tendemos a protegerlos y, de ser necesario, hasta seríamos capaces de sacrificarnos para salvar sus vidas.

Sin embargo, cuando Jesús les dice a Sus discípulos que deben volverse como un niño, similar al que Él les presentó, se ofenden. ¿Por qué? Porque en la cultura de la época de Jesús, los niños no eran vistos con los

mismos ojos que los vemos hoy. Más bien, eran vistos como una carga, ya que la carga de cuidarlos obstaculizaba las actividades adultas, en particular el trabajo y la obtención de ingresos. Los niños, que por naturaleza son indefensos y necesitan toda la atención, demandaban mucho de los adultos que los rodeaban. Si bien las necesidades de un niño no son diferentes hoy de lo que eran entonces, no nos molesta tanto esa comparación. Pero que Jesús les dijera a Sus discípulos, que ya habían dejado de ser niños, que debían volver a ser como niños, o sea, que debían volver a ser todo lo que ya habían dejado atrás, era algo profundamente ofensivo.

Luego de haberlos ofendido, Jesús procedió a enseñarles usando al niño como ejemplo. Pero los discípulos, ofendidos como estaban, probablemente malinterpretaron y permanecieron confundidos sobre la enseñanza de Jesús (como solía ocurrir). No obstante, para que nosotros comprendamos correctamente lo que Jesús enseña, debemos tener claro el significado de la figura del niño, para no malinterpretarlo por causa de nuestra percepción de lo que un niño representa. Es esa carga de las necesidades del niño lo que determina cómo debemos interpretar lo que estamos a punto de explorar. Y esto va a establecer cómo debemos entender la segunda pregunta de los discípulos.

Adelantándonos un poco en el capítulo 18 del Evangelio de Mateo, llegamos a la otra pregunta que los discípulos le hacen a Jesús. Pedro dice: *“Señor, ¿cuántas veces debo perdonar a alguien que peca contra mí? ¿Siete veces?”* (Mateo 18:21). La pregunta de Pedro demuestra que no entiende la enseñanza de Jesús, a la vez que ofrece otra oportunidad para aprender algo sobre el contexto cultural que nos ayuda a comprender mejor lo que Jesús enseña, y que es que los números a menudo se usan en forma simbólica, no literal. En la cultura de Jesús, el número siete es simbólico, representando una especie de plenitud. Pedro lo usa como estándar para indicar que perdonar a alguien siete veces es algo bueno. Es como si sugiriera que ofrecer perdón siete veces es una especie de límite, después del cual ya no se está obligado a perdonar. Si siete representa la plenitud, la pregunta de Pedro sugiere que al perdonar siete veces ya ha cumplido algún tipo de requisito. Pero Jesús revierte su suposición al responder: *“No siete veces—respondió Jesús—, sino setenta veces siete”* (Mateo 18:22).

La respuesta de Jesús combina dos números simbólicos: siete y diez. Ya hemos mencionado que siete significa plenitud. Diez significa tanto completitud como perfección. Por lo tanto, Jesús está redoblando el significado simbólico, y no contando literalmente cuántas veces uno perdona a otro. En otras palabras, Jesús llama a Pedro a perdonar sin límite.

Esto queda claro cuando Jesús les enseña, contándoles acerca de un rey que perdonó la deuda de uno de sus siervos, una deuda que en nuestros tiempos podría equivaler al salario de toda una vida (ver Mateo 18:23-27). *“... el reino del cielo se puede comparar a un rey que decidió poner al día las cuentas con los siervos que le habían pedido prestado dinero. En el proceso, le trajeron a uno de sus deudores que le debía millones de monedas de plata. No podía pagar, así que su amo ordenó que lo vendieran—junto con su esposa, sus hijos y todo lo que poseía—para pagar la deuda. El hombre cayó de rodillas ante su amo y le suplicó: “Por favor, tenme paciencia y te lo pagaré todo”. Entonces el amo sintió mucha lástima por él, y lo liberó y le perdonó la deuda”* (Mateo 18:23-27). A través de esta historia, Jesús quiere enseñar que la deuda perdonada es tan grande, que parece imperdonable.

Y aquí volvemos a la imagen de un niño. Ante Dios, todo ser humano es como un niño: completamente necesitado y dependiente, ya que nuestra pecaminosidad no es algo que podamos superar por nosotros mismos. No hay manera de inclinar tanto la balanza a nuestro favor ni de impresionar tanto a Dios con nuestra bondad, que no necesitemos Su misericordia y gracia para ser perdonados y exonerados. En este sentido, no somos más que ese siervo del rey de la parábola de Jesús que tenía una deuda impagable. Nuestra deuda de pecado es tan grande, que solo Dios puede perdonarla. El peso de nuestro pecado es astronómico, por lo que no tenemos cómo equilibrar a nuestro favor la balanza del pecado. Por lo tanto, siempre estamos en deuda.

Jesús continúa Su historia, presentando una situación opuesta a la del rey que perdonó a su siervo. *“Pero cuando el hombre salió de la presencia del rey, fue a buscar a un compañero, también siervo, que le debía unos pocos miles de monedas de plata. Lo tomó del cuello y le exigió que le pagara de inmediato. El compañero cayó de rodillas ante él y le rogó que le diera un poco más de tiempo. “Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré”, le suplicó. Pero el acreedor no estaba dispuesto a esperar. Hizo arrestar al hombre y lo puso en prisión hasta que pagara toda la deuda”* (Mateo 18:28-30).

La increíble generosidad del rey no había cambiado la postura del siervo hacia quien le debía dinero. Cuando el rey se entera de esto, lo regaña severamente y reniega de su generosidad, encarcelándolo para ser torturado hasta que le pague su deuda (ver Mateo 18:31-34). Jesús concluye Su enseñanza con estas palabras: *“Eso es lo que les hará mi Padre celestial a ustedes si se niegan a perdonar de corazón a sus hermanos”* (Mateo 18:35).

Esta es una enseñanza gloriosamente buena y terriblemente difícil. Es gloriosamente buena en el sentido de que aprendemos lo mucho que Dios ha hecho para concedernos el perdón, enviando a su Hijo Jesucristo a morir por nosotros para reparar la ruptura en la relación que el pecado ha causado. Jesús pagó nuestra deuda impagable con Su propia vida. Pero esta enseñanza también es terriblemente difícil, porque Jesús nos asigna la responsabilidad de tratar a los demás de la misma manera que Dios nos ha tratado a ti y a mí: como niños completamente necesitados y dependientes que requieren un perdón ilimitado.

Por lo tanto, no hay límite para el perdón que estamos llamados a ofrecer a nuestros semejantes. Así como la disposición de Dios a perdonarnos es ilimitada, nosotros también estamos llamados a no poner límites a nuestra disposición a perdonar a los demás. Al igual que los amish antes mencionados, solo al recibir el perdón ilimitado que Dios derrama sobre nosotros nos transformamos en personas capaces de perdonar a los demás de la misma manera. Con la ayuda del Espíritu Santo, el regalo del perdón se convierte en nosotros en el poder del perdón.

Aun así, ¿es el perdón ilimitado? Se podría objetar que tal perdón es incuestionable, que seguir perdonando a quienes repiten los mismos pecados una y otra vez, en especial cuando esos pecados nos hieren, no es más que permitir que el pecado se repita, que estamos permitiendo que el mal comportamiento continúe, algo que va en contra de lo que nos han enseñado, que es no permitir el mal comportamiento.

Y es cierto: permitir el mal comportamiento por no poner límites a nuestra disposición a perdonar es, sin duda, un riesgo real. Sin embargo, no debemos olvidar que, en última instancia, de lo que estamos hablando es de la postura de Dios hacia nosotros. ¿Con cuánta frecuencia repetimos, no solo accidental o inconscientemente sino también en forma voluntaria y consciente, los mismos pecados contra Dios y nuestro prójimo? ¿Con cuánta frecuencia nos convertimos en un problema para nosotros mismos porque hay cosas que no nos gustan de nosotros mismos, a menudo nuestros pecados y otros malos hábitos, pero que parece que no podemos solucionar por nuestra cuenta? Nuestra única salida es pedir y recibir el perdón de Dios que puede impulsarnos a llevar una vida diferente, dándonos el poder que necesitamos para vivir de otra manera. A través del perdón, Dios renueva y transforma nuestros corazones, capacitándonos para vivir con y de acuerdo a Su gracia divina.

## EL PERDÓN HUMANO COMO PERDÓN DE DIOS

El perdón que damos a otros es también una forma del perdón de Dios hacia ellos. En otras palabras, a través de nuestro perdón, ellos encuentran a Jesús y la gracia de Dios. Así es como Dios lo ha diseñado, pues Él nos creó para ser criaturas que viven en comunidad, en relaciones de amor mutuo. El perdón es, en última instancia, el medio que Dios utiliza para restaurar nuestra relación, tanto con Él como con los demás, cuando el pecado ha causado dolor, fractura y separación. Dietrich Bonhoeffer, pastor, teólogo y disidente nazi, lo describe así:

Dado que la confesión del pecado se hace en presencia de un hermano cristiano, al hacerla se abandona el último reducto de la autojustificación. El pecador se rinde, renunciando a toda su maldad. Entrega su corazón a Dios y encuentra el perdón de todos sus pecados en la comunión de Jesucristo y su hermano. El pecado expresado y reconocido ha perdido todo su poder. Ha sido revelado y juzgado como pecado... El pecado oculto lo separaba de la comunión, convirtiendo toda su aparente comunión en una farsa; pero el pecado confesado lo ha ayudado a encontrar una verdadera comunión con los hermanos en Jesucristo.

Martín Lutero, el reformador de la Iglesia, también explicó cómo el perdón de Dios se da a los demás, diciendo:

Por orden divina, Cristo mismo puso la absolución en boca de Su comunidad cristiana y nos ordenó absolvernos unos a otros de nuestros pecados. Así que, si hay un corazón que siente su pecado y desea consuelo, tiene aquí un refugio seguro donde encuentra y escucha la Palabra de Dios, porque a través de un ser humano, Dios libera y absuelve del pecado.

Una vez más, en la oración más famosa se nos enseña a orar: *“perdónanos nuestros pecados, así como hemos perdonado a los que pecan contra nosotros”* (ver Mateo 6:9-15). Puesto que, como hemos visto, Dios nos perdona ilimitadamente, que es exactamente lo que pedimos cada vez que rezamos el Padrenuestro, también nosotros debemos perdonar a los demás como el Espíritu Santo nos capacita para hacerlo, es decir, sin límite.

## EL ACTO DE PERDONAR A LOS DEMÁS

Considerando que hemos sido transformados en personas que perdonaremos, así como hemos sido perdonados, es importante que dediquemos un tiempo a pensar en cuál es la mejor manera de hacerlo. ¿Qué le decimos a la persona que se disculpa, admite habernos ofendido o herido y nos pide perdón?

Es importante comenzar reconociendo que, en nuestra sociedad, las personas no siempre piden perdón explícitamente. Entonces, en vez de esperar que usen nuestro lenguaje (como pedir perdón o confesar sus pecados), necesitamos escucharlo implícito en sus palabras de disculpa. Cuando alguien nos dice “lo siento”, especialmente cuando es consciente de haber dañado de alguna manera su relación con nosotros, está expresando remordimiento y buscando una solución para esa situación. Por lo tanto, deberíamos escuchar su disculpa como un pedido implícito de perdón y de querer tener la oportunidad de volver a intentarlo.

También debemos tener en cuenta que muchas veces usamos “lo siento”, “perdón” o alguna otra frase similar, sin realmente intentar restaurar una relación. A menudo decimos estas palabras en ciertos momentos de la vida diaria, como cuando doblamos una esquina y nos chocamos con alguien porque no lo vimos venir, y decimos “¡Uy! Lo siento”. O cuando el profesor lee los nombres de sus alumnos el primer día de clase y, sin darse cuenta, pronuncia mal el nombre de uno de ellos. “Lo siento, ¿cómo se dice?”. O cuando estamos charlando con un amigo a quien no hemos visto en mucho tiempo y le preguntamos cómo está su mamá, a quien recordamos con cariño, solo para descubrir que falleció recientemente. Sintiendo que quizás hemos echado sal en una herida abierta, nos disculpamos efusivamente con un “cuánto lo siento” o “perdón”. Todas estas expresiones las ofrecemos por los errores simples e involuntarios que cometemos. Usamos estas frases para abordar situaciones que, en su mayoría, son intrascendentes. Esos momentos no son confesiones de pecado, sino más bien ejemplos de cómo nuestra vida se entrelaza con las de los demás de maneras tan básicas e impredecibles que a veces causan inconvenientes o errores.

Aun así, tanto para las disculpas más importantes como para las que parecen más triviales, cuando alguien dice “lo siento”, lo más indicado es decir “te perdono”. Sin embargo, es más común que digamos “está bien, no te preocupes”, o algo similar. Y aunque sea en forma involuntaria, estas respuestas pueden socavar la disculpa recién expresada. Por más que la intención no es ignorar el mal cometido, estas respuestas suenan más como una forma de cuestionar a la persona que se disculpa, como si no hubiera hecho nada por lo que necesite disculparse. En realidad, estas respuestas se han convertido en una forma diluida de lidiar con la incomodidad de una disculpa, especialmente cuando conceptos como “pecado” y “perdón” han perdido su lugar en nuestro vocabulario moral.

A pesar de todo esto, cuando alguien se disculpa debemos ofrecer perdón. Una razón es que al ofrecer perdón estamos reconociendo el mal cometido, validando así la disculpa de la persona. Pero otra razón es simplemente porque las disculpas se ofrecen como una forma sutil de pedir perdón, de pedir otra oportunidad en la relación. Así como señaló Lutero, Dios ha puesto Sus palabras de perdón en nuestra boca, por lo que estamos llamados a perdonar a quienes han pecado contra nosotros, así como Dios nos perdona por pecar contra Él. Seamos entonces como Jesús al compartir este extravagante regalo. Practiquemos decir “te perdono” cada vez más, hasta que se convierta en una parte esencial de nuestro vocabulario moral cristiano.

Podemos comenzar practicando en la iglesia. La iglesia cristiana nos conecta con quienes practican lo mismo. Semanalmente leemos, escuchamos y cantamos juntos la buena noticia de lo que Dios ha hecho por nosotros en Jesucristo. Confesar juntos nuestros pecados es una parte central de cada reunión semanal del pueblo de Dios. Recibir el perdón de la boca de un pastor es como recibirlo de Dios mismo; de hecho, Dios envía pastores para darnos esa buena noticia. Unirnos a otros cristianos para confesar nuestros pecados y recibir perdón es un excelente punto de partida cuando deseamos convertirnos en personas capaces de perdonar a otros, así como hemos sido perdonados.

Si nunca has formado parte de una iglesia, imagínala como una reunión de personas pecadoras como tú, donde nadie es mejor que nadie. Ante los ojos de Dios no hay jerarquía. Todos vamos como mendigos con la misma necesidad. Somos un problema para nosotros mismos y para los demás, y sin la ayuda de Dios no podemos hacer nada al respecto. Cada vez que nos reunimos, confesamos nuestros pecados y recibimos perdón, estamos admitiendo quiénes somos y qué necesitamos. Esta práctica nos ayuda a vernos y conocernos a nosotros mismos correctamente, y lo mismo sucede con quienes nos rodean, especialmente con nuestros hermanos cristianos. También bendice a quienes no conocen a Jesús, pues todos necesitamos la gracia de Dios. Y esta es una tercera razón por la que debemos perdonar a los demás: para que, a través de nosotros, puedan conocer el amor de Dios por ellos.

## CONCLUSIÓN: satisfaciendo el anhelo

Al principio de este folleto nos preguntamos:

- ¿No anhelamos la gracia que va en contra de la crueldad, la discordia y el quebrantamiento que nos rodea? ¿No nos frustra y agota todo esto?
- ¿No anhelamos la gracia que puede sanar, restaurar, y renovar?
- ¿No anhelamos tener la esperanza de un futuro en el cual las víctimas no se conviertan en perpetradores de odio?
- ¿No anhelamos ser liberados de lo que aparentemente se ha convertido en un ciclo de odio aceptado (¿esperado?), al que se responde con más odio?

¡Sí! La respuesta a todas estas preguntas es un rotundo sí.

Hemos visto que ese anhelo es un anhelo santo que nos acerca al perdón de Dios en Jesucristo.

Y luego viene el reto: convertirnos en personas capaces de perdonar a los demás y responder adecuadamente al dolor y la necesidad de gracia del mundo que nos rodea.

Dos preguntas más para reflexionar: ¿Quieres convertirte en ese tipo de persona? ¿Quieres ser parte de ese tipo de comunidad?

A través del poder del Espíritu Santo y la gracia de Jesús, acepta el reto ...

... a convertirte en una persona que puede perdonar a los demás y así responder adecuadamente, por gracia, a los dolores y la desesperación del mundo que nos rodea,

... a recibir, conocer y experimentar verdaderamente el perdón de Dios para ti,

... y a participar en una comunidad perdonadora que te moldee y que responda al dolor del mundo por el poder liberador del perdón de Dios.

---

<sup>1</sup> Zeljko Vukovic, *The Killing of Sarajevo* (Belgrado, Kron: 1993), 134. Citado en Miroslav Volf, *Exclusion and Embrace, Revised and Updated: A Theological Exploration of Identity, Otherness, and Reconciliation* (Nashville: Abingdon, 2019) 110

<sup>2</sup> Elizabeth Oldfield, *Fully Alive: Tending to the Soul in Turbulent Times* (Grand Rapids, MI: Brazos, 2024), capítulo 2.

<sup>3</sup> Timothy Keller, "The Fading of Forgiveness," en *Comment Magazine*, vol 39.2 (Primavera 2021): 34-44.

<sup>4</sup> John D. Caputo, *What Would Jesus Deconstruct? The Good News of Postmodernism for the Church* (Grand Rapids: Baker Academic, 2007), 73-74. Énfasis en el original.

<sup>5</sup> Ver Jeffrey A. Gibbs, *Matthew 11:2-20:34, Concordia Commentary Series*, St. Louis, MO: Concordia, 2010), 887-904.

<sup>6</sup> A veces los números son literales (por ejemplo, las 12 tribus de Israel en el Antiguo Testamento; los 12 apóstoles en el Nuevo Testamento). Sin embargo, muchas veces, los números son simbólicos: un recuento de algo, como las diversas ocasiones en que el autor escribe en Hechos cuántas conversiones ocurrieron (por ejemplo: "Los que creyeron lo que Pedro dijo fueron bautizados y sumados a la iglesia en ese mismo día, como tres mil en total" (Hechos 2:41).

<sup>7</sup> Bonhoeffer, *Life Together*, 117-18. La audiencia original de Bonhoeffer para este libro fue un pequeño grupo de hombres que se preparaban para el ministerio pastoral; por lo tanto, utiliza predominantemente un lenguaje masculino. Pero su intención, como se aprecia en sus otras obras, es incluir a todo el pueblo de Dios, pues estos hombres llegarían a liderar congregaciones que incluían hombres y mujeres, jóvenes y mayores. *Life Together* [Vida en Comunidad] se ha convertido en un clásico cristiano, porque los lectores han entendido desde hace mucho tiempo que se dirige a todos los que desean seguir más de cerca a Jesús.

<sup>8</sup> Martín Lutero, "A Brief Exhortation to Confession" en el *Catecismo Mayor*. Ver Robert Kolb y Timothy J. Wengert, *The Book of Concord* (Minneapolis, MN: Fortress, 2000), 477-78.

El Rev. Dr. Chad Lakies es vicepresidente de Ministry Engagement de Lutheran Hour Ministries. Es autor de *How the Light Shines Through: Resilient Witness in Dark Times* (CPH, 2024), una guía para ayudar a la iglesia a dar un testimonio atrayente en medio de los desafíos de la cultura contemporánea.



© 2025 CPTLN  
Todos los derechos reservados.

El texto bíblico ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

660 Mason Ridge Center Dr., St. Louis, Missouri 63141-8557  
1-800-972-5442 • [www.lhm.org](http://www.lhm.org) • 6BS91